

La historia de los que estuvieron allí

León Trotsky

4 de noviembre de 1912

(Versión al castellano desde “Le récit de ceux qui y étaient”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 211-216. Publicado en *Kievskaja Mysl*, número 306, 4 de noviembre de 1912.)

Cada vez es más frecuente ver en las calles, tiendas y cafés de Sofía a soldados con las piernas lisiadas, los brazos en cabestrillo o la cabeza envuelta en gasas blancas que rezuman sangre coagulada. Anoche nevó un poco. La nieve se derrite lentamente. Alguna cosa húmeda sigue cayendo del cielo, pero eso no impide que los transeúntes se reúnan en torno a los soldados heridos. Todos están ansiosos por revivir, aunque sea indirectamente, los terribles acontecimientos que han sido descritos de forma aséptica y aritmética en los telegramas del cuartel general. Y los heridos, con los nervios a flor de piel, vuelven a sumergirse en el círculo de fuego de las granadas de metralla, las operaciones de cerco para tomar al enemigo por sorpresa y las cargas a la bayoneta, con la participación de quienes los escuchan (pero los primeras con una seriedad cien veces mayor que los segundos).

Los relatos son narrados de forma bastante subjetiva por quienes participaron en los combates. Cada uno vio la batalla desde su propio, limitado, campo de observación. El significado de las complejas operaciones estratégicas sigue siendo un libro cerrado para estos soldados. Y probablemente lo seguirá siendo durante el resto de sus vidas. Mientras el herido dirige su mirada febril hacia quienes le escuchan, buscando en lo más profundo de sí mismo y a través de sus propias experiencias, reconstruye las imágenes de la batalla. Es inevitable que los relatos de diferentes personas sobre un mismo acontecimiento se contradigan, incluso de forma flagrante. Y, sin embargo, cada uno sostiene su propia verdad. Una vez que han abandonado el frente, los heridos se sienten frustrados porque tienen una vaga idea del curso de los acontecimientos. Así que intentan esbozar generalidades que de alguna manera den sentido a los acontecimientos que destrozaron sus vidas. Evidentemente, se trata de abstracciones muy simples, pero su sencillez revela los estados de ánimo de los ejércitos beligerantes y explica en gran medida el desarrollo de la guerra.

Los prisioneros son la otra fuente de información disponible. Sus observaciones son del mismo tipo que las que recogimos de los heridos. Son subjetivas, arbitrarias y tienden a generalizaciones simplistas. Sin embargo, existe una diferencia fundamental entre ambas. Los heridos están orgullosos de los éxitos del ejército victorioso al que pertenecen y, por patriotismo, o tal vez por disciplina, son poco propensos a revelar sus debilidades. La situación era muy diferente para los prisioneros. Una serie de desgracias y derrotas han inculcado en la mente de los turcos, incluso en la de los más patriotas, la idea de haber luchado en un ejército muy malo. Los oficiales prisioneros insinuaron cautelosamente planes virtuales en los que los avances y las retiradas habrían sido dos factores de una misma estrategia. Pero ni siquiera ellos creen realmente lo que dicen. En cuanto a los soldados turcos, no muestran ningún patriotismo y ni siquiera intentan ocultar lo que han visto, o al menos lo que creen que explica los reveses de su ejército. La condición de prisionero debilita el sentido de la disciplina y favorece el brusco cambio. Además, los numerosos prisioneros cristianos, que nunca habían sentido ninguna obligación moral hacia el ejército turco, ahora no dudaban en mostrar cierta satisfacción

por su derrota. Por último, los soldados seguían sintiéndose algo avergonzados de su condición de prisioneros e intentaban que su vergüenza y la de su regimiento se reflejara en todo el ejército.

Los relatos de los prisioneros y los heridos revelan de forma vívida y tangible la radical diferencia de mentalidad entre los dos ejércitos.

¿Era inevitable la guerra? ¿Sus consecuencias políticas podrán superar la gran violencia que se ha abatido sobre el conjunto de la joven civilización balcánica? No quiero entrar en el meollo de la cuestión. Sin embargo, es cierto que los soldados búlgaros consideran que esta guerra es justa y necesaria. Se ha convertido en su guerra, y eso es fundamental. Para ellos, el recuerdo de la antigua dominación turca sigue vivo, más que el recuerdo de la servidumbre de la tierra para el campesino ruso. Y en la vecina Macedonia, esta dominación sigue produciéndose. La avalancha de refugiados macedonios impide que los búlgaros lo olviden, ni siquiera por un solo día. La terrible carga del militarismo ha sido aceptada por todos los búlgaros, hasta el último campesino. Están convencidos de que esta carga les fue impuesta por Turquía y, más concretamente, por el régimen despótico de Macedonia. A los ojos de un búlgaro, Turquía representa o bien la opresión actual de los hermanos macedonios (que él mismo tuvo que soportar en un pasado no muy lejano a manos del tirano turco, funcionario del estado o terrateniente), o bien la causa principal de la pesada carga fiscal en Bulgaria. En resumen, la guerra ha ofrecido a las masas búlgaras la oportunidad de acabar de una vez por todas con la Turquía del pasado y la Turquía del presente. Por esta razón, los soldados búlgaros que se dirigían al frente adornaban sus boinas con flores, los regimientos se lanzaban al ataque sin preocuparse por el violento bombardeo de la artillería enemiga, los destacamentos de caballería cumplían admirablemente las tareas que se les encomendaban y, por último, los soldados heridos, apenas recuperados, pedían volver al frente.

El ejército turco muestra una cara completamente diferente. En esta guerra no tiene objetivos populares que puedan suscitar el sacrificio voluntario de las masas. Además, el ejército ha sido el instrumento de un levantamiento revolucionario que no ha beneficiado en nada al pueblo. Este derrocamiento simplemente ha socavado la fe popular en la supervivencia de las actuales formas estatales de Turquía y, en consecuencia, de sus fronteras. Los Jóvenes Turcos reclutaron en el ejército a búlgaros, griegos y armenios. Al mismo tiempo, convertidos en señores del imperio, hicieron todo lo posible para incitar a la población cristiana, súbdita del imperio, a odiar al nuevo régimen tanto como al antiguo. Además, la presencia de cristianos en el ejército minó la convicción de que el islam era el único vínculo moral entre el estado y el ejército. Así pues, una incertidumbre espiritual muy grave se ha introducido en la mente del soldado musulmán.

A través de los relatos de los prisioneros aparece claramente el grado de desintegración en que ha caído el cuerpo de oficiales turcos. Subidos al poder sobre una ola de descontento general, los oficiales se enfrentaron inmediatamente a los grupos culturalmente más avanzados del país y, por tanto, a la población cristiana en su conjunto. No prestaron la menor atención a las cuestiones sociales y, en consecuencia, se aislaron de las masas. Ahora se han transformado en una casta de poder que teje en secreto sus propios planes y está condenada a una inevitable degeneración y decadencia interna.

La guerra ha caído como un ajuste de cuentas sobre el cuerpo de oficiales, que acaba de obtener un éxito político.

- Sabíamos desde el principio, recuerda un soldado armenio capturado, que todo saldría mal. ¿Estábamos preparados para esta guerra? ¿Nos habían dicho lo que significaba? Nos llamaron para participar en las maniobras y estábamos dispuestos a hacerlo. Nos entrenaron en un juego que luego se convirtió en una guerra. Fíjate en nosotros, los cristianos. Antes de la revolución, no se nos exigía servir en el ejército. Pero

esta vez nos llamaron por grupos de edad como reservistas. Nos dieron veinte días de entrenamiento, suficiente para maniobras, pero ciertamente no para una guerra de verdad. Ninguno de nosotros sabía disparar y algunos ni siquiera sabíamos sostener un fusil.

- Los reservistas turcos ya habían hecho el servicio activo, es cierto, pero al ser un pueblo de analfabetos e ignorantes les cuesta aprender. Así que, al cabo de dos o tres años, ya lo han olvidado todo. Ya sabes, el ejército turco está formado casi en su totalidad por *redify* y *müstahfiz* (reservistas de primera y segunda clase). Los *nizâm* (tropas en servicio activo) no superan el treinta por ciento del total. A esto hay que añadir la escasez total, la indolencia general y la ineficacia. Había escasez de ropa, los transportes no funcionaban y, lo peor de todo, faltaban armas. A mí, por ejemplo, me pusieron en la cocina a hacer un trabajo inútil porque no tenían un arma que darme. Al principio, los soldados estaban bastante alegres, incluso se ofrecían voluntarios, pero cuando empezaron los reveses y llegó finalmente la derrota, la moral del ejército cayó en picado. Los soldados luchaban sin ideales ni objetivos. Pero el verdadero desastre eran los oficiales. Ellos mismos no sabían dónde ni cómo dirigirnos. Cuando sufríamos un revés, eran los primeros en correr a refugiarse. Si hubieran sido un poco más capaces, quizá un ejército como el nuestro no habría sufrido derrotas tan terribles.

- Fíjense bien, dijo otro armenio con expresión viva e inteligente, que, en casi todas las batallas, después de los primeros enfrentamientos, los búlgaros se escabullían por nuestros flancos y nos atacaban por la espalda. Nuestros líderes nunca se dieron cuenta de ello y seguimos avanzando a ciegas. Permítanme ofrecerles un ejemplo. Tras la batalla de la aldea de Bedre, a seis horas de Lozengrad, los turcos escaparon y los búlgaros pusieron sus miras en el fuerte principal de Lozengrad, Taş Tabija (una fortificación de piedra), en el que los turcos habían depositado grandes esperanzas. ¿Y qué ocurrió? La batalla duró media hora en total. Tras cinco minutos de bombardeo, los búlgaros dejaron un pequeño destacamento de artillería frente al fuerte para distraer a los turcos. Los demás llevaron a cabo una maniobra de cerco y obligaron al fuerte a rendirse al cabo de media hora. Nuestros oficiales no tenían ni idea de la fuerza del enemigo ni de sus movimientos. Eran los primeros, junto con los suboficiales, en atajar cuando las cosas se torcían. Y los soldados sólo tenían que pensar en sí mismos... En cambio, en tiempos de paz, los oficiales eran muy valientes, sobre todo cuando trataban con soldados cristianos.

- ¿Ve usted a este armenio tendido con la cabeza vendada? No fue herido por una bala enemiga, sino por la fusta de un oficial. ¿Cómo ocurrió esto? No hay mucho que contar. Llevaba las riendas de un caballo cargado de guisantes. Un saco cayó al suelo y los guisantes se escaparon... ¿Qué podía hacer? Pero el oficial se le acercó y le gritó: “¡Tú, *gâvur!*” y le golpeó en la cara con su fusta. Le abrió la frente, hasta el hueso, y desde la ceja hasta el ojo. ¿Me pregunta usted si todos los oficiales se comportan así? No todos, por supuesto, pero sí la mayoría. Se enfadan especialmente con los cristianos. “*Gâvur, gâvur*”, no saben llamarnos más que *gâvur*. Los soldados turcos siguen el ejemplo de los oficiales y también nos insultan. Para ser sinceros, quizá los demás no se atrevan a decirlo abiertamente, pero en realidad estamos contentos de ser prisioneros. Muchos de nosotros estaríamos dispuestos, en el acto, a girar nuestras armas contra los turcos.

Historias similares sobre el ejército turco y especialmente sobre los oficiales nos contaron los griegos hechos prisioneros en Yurus (en la orilla derecha del Marica, entre Mustafa Pasha y Andrinópolis) durante los enfrentamientos del 9 de octubre. Sólo un griego de Anatolia que había estado escuchando, con aspecto contrariado, contradijo a sus compañeros haciendo grandes aspavientos.

- No, no, dijo, interrumpiendo al orador. Todo estaba bien, los oficiales, la comida, la forma en que luchábamos, todo estaba bien. Dicen tonterías. Todo iba bien.

Las inesperadas palabras del griego de Anatolia provocaron el sarcasmo de sus compañeros de armas. Fue entonces cuando el griego añadió con voz quebrada:

Por el amor de Dios, ¿sabes lo que significa vivir en Asia Menor siendo cristiano? Incluso de niño tienes miedo del turco, hasta de verlo. ¿Sabes lo que pasa cuando un turco pasa por un pueblo? Los cristianos, aunque sean diez, huyen al verlo. Escribís todo tipo de cosas en vuestros periódicos, escribís todo lo que decimos. Pero, ¿crees que nos quedaremos aquí el resto de nuestras vidas? Tendremos que volver a Turquía. ¿Y sabes lo que nos va a pasar por lo que hemos dicho? Nos van a cortar el cuello, eso es lo que nos va a pasar...

Tiene pánico, replicó un griego, desde donde estaba tumbado en un catre (los presos cristianos tenían derecho a un catre), liándose flemáticamente un cigarrillo. Nos hacen todas estas preguntas para sus periódicos, ¿y sabes por qué? Quieren saber por qué perdimos la batalla. Nos derrotaron porque no sabemos luchar. Si un ejército sabe luchar, es más difícil que pierda una batalla. Pero nunca nos enseñaron a luchar, no sabemos hacerlo y por eso perdimos. Esa es la verdadera respuesta a sus preguntas.

Las respuestas de los soldados de etnia turca no difieren mucho de las ya mencionadas.

- Una vez terminadas las maniobras, dice un joven turco de ojos azules y mirada triste, que fue capturado cerca de Mustafâ Pacha, no pensábamos en absoluto en la guerra; sólo en el último momento nos dimos cuenta de que iba a haber guerra y de que teníamos a los búlgaros a nuestras espaldas. ¿Que si queríamos la guerra? Pero, ¿quién podría querer algo así? La guerra es algo terrible. No puedes querer la guerra. Es como la muerte. No estábamos preparados, ni preocupados, porque pensábamos que sólo íbamos a hacer maniobras. Luego nos dimos cuenta de que las cosas iban a ser diferentes...

- Yo nací en Radoviše, pero me formé en Salónica (cuenta otro turco del *nizâm*), en la escuela militar para cadetes de suboficiales. Nuestro cuerpo, que constaba de tres mil hombres, fue enviado a Osmanic, cerca de Pehčevo. Allí nos combinaron con otro contingente de dos mil hombres que disponía de ocho cañones. No pensábamos en absoluto en ir a la guerra. Habíamos oído que Montenegro había declarado la guerra, pero no parecían noticias para tomárselas en serio. No sabíamos nada de Bulgaria. Nos dimos cuenta cuando nos atacaron y tuvimos que defendernos. Los combates duraron un día entero, desde la mañana hasta la noche. Los oficiales no supieron cómo mandarnos y muchos de nosotros se escaparon cuando empezó la lucha. Al atardecer, la confusión era máxima. Emprendimos la retirada hacia Pehčevo cuando descubrimos que los búlgaros nos habían rodeado. Comenzó un bombardeo de artillería y quedamos completamente rodeados. De los treinta oficiales, quedaron diez. Ciento veinte de nosotros fuimos hechos prisioneros. No sé qué pasó con los demás.

- ¿Estaba yo a favor de la guerra? A decir verdad, solía estar a favor. Habíamos oído hablar mucho de la guerra en la escuela militar. Yo quería verla con mis propios ojos. Pensaba que era una especie de espectáculo, pero en realidad no es un espectáculo bonito. Realmente no lo era. La organización era muy deficiente, al igual que el equipamiento y el mando. Me parece obvio que ni siquiera las autoridades pensaban que la guerra iba a producirse, de lo contrario se habrían asegurado de que estuviéramos mejor preparados. Todos estamos desanimados. Sabemos que es imposible que ganemos. Ahora no podemos pensar en otra cosa que en nuestra gente y preocuparnos por ella. Hemos sabido que la población civil de nuestra región ha tenido que abandonar las ciudades y pueblos y se ha dirigido a Constantinopla o a Salónica. No tenemos noticias de nuestras familias, ni ellas de nosotros. No sabemos si han llegado a su destino o si han caído muertas... Esperamos que todo esto termine lo antes posible. Todo está perdido. Lo mejor sería que Andrinópolis se rindiera y que el ejército turco se retirara a Constantinopla sin combatir. Al menos

habría menos derramamiento de sangre. No podemos pensar en otra cosa en este momento...

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es